

El “serse” en la historia

Historia e Intrahistoria en Unamuno

PEDRO GARCIA PEREZ *

INTRODUCCION

En vida, Unamuno publicó seiscientos un ensayos cortos, veinticinco libros de ensayos; dejando más de ochocientos artículos dispersos en los periódicos de España e Hispanoamérica, de los cuales, sólo cuatrocientos se han reeditado. Escribió muchas novelas y cultivó la poesía toda su vida.

Fue nombrado rector de la Universidad de Salamanca tres veces, y otras tantas fue destituido. Multitud son sus ensayos filosóficos, encontrando tiempo para escribir cincuenta y cuatro prólogos a libros y pronunciar más de cien conferencias. Su epistolario es tan abundante como importante para la comprensión de su vida y de su obra. Su biblioteca en Salamanca, con libros cuidadosamente anotados y leídos, pasó de los ocho mil volúmenes.

Se le desterró por su independencia política; con el cambio de gobierno se le otorgó el título de “primer ciudadano” en reconocimiento de su integridad, pero murió a los setenta y dos años bajo arresto domiciliario, por la misma independencia que demostró siempre.

¿Qué hombre era éste?

Don Miguel de Unamuno y Jugo nació en Bilbao, el 29 de septiembre de 1864, y murió en Salamanca, el 31 de diciembre de 1936. En setenta y dos años vivió la historia política, social y cultural de España con una intensidad ya legendaria, cuyo motor se encontraba en el sosegado hontanar de la intrahistoria.

Pero vivió también en Copenhague, con Kierkegaard; en París con Pascal. Visitó frecuentemente a Kant en Koenigsberg, llegando hasta Berlín, para discutir con Hegel. De todo esto hablaremos más adelante; por ahora nos baste saber que Unamuno leía y recreaba una tensión vivísima, entrañable, con el autor distante en tiempo y espacio, a través del texto escrito.

Constantemente en su obra nos ha dejado jirones de su alma. Se descubre vez tras vez, al leer la obra de don Miguel, que la enorme unidad de cuarenta años de escribir, se debe en gran parte, al hecho de que sus personajes y las situaciones en que se encuentran están tomados de sus experiencias personales o de las proyecciones imaginarias de lo que pudiera haber sido su vida.

* Universidad
Nacional a Distancia.
Madrid.

El padre de Unamuno fue a Méjico de joven, regresando a España, a su terruño vasco, con una pequeña fortuna. Se casó y el matrimonio tuvo seis hijos. El padre murió cuando Unamuno tenía sólo seis años. Se crió en una casa matriarcal y austera, unida con algunos lazos al mundo exterior, especialmente a Hispanoamérica, por medio de la biblioteca de su padre.

Se educó en las escuelas laicas de Bilbao, y a los dieciséis años ingresó en la Universidad de Madrid, donde se licenció en Filosofía y Letras. En 1884 se doctoró. Los años que siguen al doctorado son duros y difíciles; es una época de preparación intensa de oposiciones para cátedras de instituto. Son tiempos de lectura y estudio, devorando libros y formando esquemas de materias tan distintas como psicología, metafísica, latín y, finalmente, griego. En estos años, 1884-1891, subsiste de trabajos ocasionales, clases particulares y colaboraciones en los periódicos bilbaínos. Escribe sus primeros cuentos y empieza a publicar ensayos.

En 1889, don Miguel sale por primera vez de España, viajando por Italia y Francia. En 1891, cambios notables llegan a la vida del joven Unamuno; se casa el 31 de enero con Concha Lizárraga, su novia de siempre. En mayo, gana la cátedra de griego en la Universidad de Salamanca; a primeros de octubre el joven matrimonio se traslada a Salamanca, donde vivirán el resto de la vida y nacerán sus ocho hijos. Llegará Unamuno a identificarse entrañablemente con la ciudad del Tormes; ésta llegará a ser mucho más que su residencia.

Unamuno penetra, desde su "alto soto de torres", no solo el pueblo español, sino que también logra abarcar el alma de todo hombre, independientemente de su nacionalidad. El desastre del 98 da ocasión para que se oiga su voz denunciando la indiferencia de los españoles ante las derrotas militares y las irresponsabilidades del gobierno. Los artículos cortos salen de su pluma como un río de pensamientos que pugnan denodadamente entre sí por desembocar, plasmándose, en el papel.

El reconocimiento académico no tardará en llegar. En 1901 es nombrado rector de la Universidad de Salamanca. Don Miguel, lejos de servir en el cargo como mero funcionario "de provincias", transforma el puesto de rector en un símbolo nacional de jefatura intelectual. El nombramiento fue hecho durante la Regencia, pero es destituido por el ministro Bergamín en 1914.

Los motivos de la destitución serán siempre los mismos: la independencia intelectual y política de don Miguel molestaba profundamente a las autoridades de Madrid. Otra vez, durante la Segunda República, se le nombra rector, para destituirlo de nuevo a los pocos años, al darse cuenta de que no se podía contar con Unamuno como partidario y que en cualquier momento hablaba con vehemencia sobre los asuntos del día.

Por tercera vez es nombrado rector, siendo destituido pocos meses antes de morir. Creo que esta pequeña digresión nos hará comprender más en profundidad la vida, la persona de Miguel de Unamuno.

En 1901 es nombrado, como ya hemos dicho, rector de la Universidad de Salamanca. El éxito de Unamuno le convierte en voz intelectual de España, creciendo su importancia a medida que pasan los años. La

actuación de Unamuno se acentuó marcadamente después de 1914. Su voz tronaba desde su altura salmantina con admirable vehemencia y energía, contra todo lo que fuera embuste o mentira y, sobre todo, contra todo lo que produjese sopor en el espíritu del hombre, impidiéndole tomar las riendas de su propia vida. Durante la Gran Guerra, don Miguel destacó como persona no grata a los germanófilos, numerosos en el gobierno.

Con este fondo de oposición, cada vez más agudo y áspero, entre el gobierno y don Miguel, no es de extrañar, que, al saberse los tristes detalles del desastre militar de Annual y Mont-Arruit, en que murieron miles de soldados españoles por errores presuntamente cometidos en palacio, Unamuno se lanzará en un ataque personal contra el monarca. Durante este año de actividad pública intensa, Unamuno publicaba más de un artículo al día en periódicos de España e Hispanoamérica.

En 1923 toma el poder el capitán general Primo de Rivera, y los procesos jurídicos contra Unamuno, por supuestas injurias al rey en algunos artículos suyos, se transforman en licencia para que el dictador tome medidas contra él.

El 20 de febrero de 1924, recordando a fray Luis de León, Unamuno también se despide de sus estudiantes hasta el día siguiente. La orden de destierro ha llegado. Permaneció desterrado en Fuerteventura del 10 de marzo al 9 de julio, fecha en que escapó a París. Allí estuvo un año. En 1926 encontramos a don Miguel en Hendaya. Unamuno no ha cesado de hacer oír su voz desde que salió de España. Cuando llegó a Francia, recibió el indulto, podía regresar a España cuando quisiese: Unamuno dijo que no pondría pie en tierra española hasta que ésta estuviera libre de la dictadura.

Regresa don Miguel en 1929, convertido en símbolo nacional de resistencia a la dictadura, pero algunos vuelven a cometer el error de creer que don Miguel se guiaba por ideologías en vez de por principios. Después de 1931, proclamada la Segunda República, Unamuno vuelve a alzar su voz para protestar por la violación de los derechos del ciudadano. Se le acusa de haberse vuelto contra los suyos.

Mal le conocían; se podría decir que el ideal "político" de Unamuno era el despertar en todos los españoles un verdadero amor a sí mismos y a su nación. Tan verdadero que rebasase los confines de España y abrazara todo hombre por el hecho de ser tal. De vuelta a España, escribe sus últimas obras: don Sandalio, jugador de ajedrez, Un hombre rico y su obra maestra, San Manuel Bueno, Mártir. En 1933 se publican las tres obras juntas, con un cuento escrito en 1911, Una historia de amor.

Con este último libro no finaliza la obra y trabajo de don Miguel. Sólo la muerte concluirá una obra de dimensiones que no tienen límites de historia o de personalidad, ya que enriquece la vida de todo hombre, sin acepción de tiempo o de personas.

El año 1934 es trágico para don Miguel: muere su mujer. Doña Concepción Lizárraga fue la estabilidad y la fuerza callada del batallador don Miguel.

Los honores llegan para Unamuno, es nombrado doctor honoris causa en Grenoble y en Oxford; la República le nombra primer ciudadano de

la nación. Pero a don Miguel no le interesan los títulos, le sigue doliendo España. Comprende que España va al desastre: estalla la Guerra Civil en el verano de 1936.

Al tomar el poder en Salamanca las fuerzas del levantamiento, se oyó el "mueran los intelectuales" del general Millán Astray en el Paraninfo de la Universidad, tras haber sido vehementemente contestado por Unamuno. Los admiradores de ayer le insultan y denigran, y hay hasta quien pide su fusilamiento.

Al día siguiente, el 13 de octubre de 1936, es sometido a libertad vigilada. Unamuno se recluye en casa, para no volver a salir más. Es la única forma de protesta que le queda. Protesta que va más allá del mostrarse contra una facción u otra; su protesta va dirigida contra esa guerra "incivil" que enfrentó a padres e hijos y hermanos contra hermanos, sumiendo a España en una gigantesca y mortal espiral de odio y sinrazón.

Hasta aquí, la vida, forzosamente tan solo bosquejada, de don Miguel de Unamuno. Intentaremos ahora situar y encuadrar el estudio para que sea leído desde el punto de vista adecuado.

Don Miguel nunca fue un pensador sistemático, es inútil, y contraproducente, el buscar conceptos nítidos y claros. Sus intuiciones son desarrolladas en perfecta armonía con su alma, pero raramente encontraremos ideas "more geométrico demostrata".

Como veremos en el estudio, toda su obra posee un hilo conductor que hace las veces de trabazón y de nexo de unión: un vívido interés por el hombre, por su duración y su destino último. Todo lo demás girará en torno a esta órbita.

No iremos adelante sin antes dar una somera pasada a las raíces filosóficas de don Miguel. Como todo hombre, Unamuno fue hijo de su época y tuvo que bregar con un ambiente en el que dominaban el idealismo y el positivismo. En su estancia en Madrid, Unamuno se embebió de estas doctrinas: aprende alemán leyendo a Hegel y lee con enorme interés y avidez a Spencer. Poco a poco se rebela contra estos profesores y se convertirá en uno de sus más tenaces adversarios.

Más que hablar de influencia, es mejor hacerlo de sintonía a la hora de describir la "relación" de don Miguel con Kierkegaard y Pascal. Unamuno llamó hermano a Kierkegaard, pero su sintonía no nos debe hacer pensar en una semejanza, en cuanto contenidos se refiere. En ambos encontramos el concepto de angustia; pero empleado con contenido distinto. Para el danés, significa el vértigo espiritual que siente el hombre siempre que debe tomar una decisión cuyas consecuencias incidan directamente en su vida y en su más allá. Para Unamuno no hay posibilidad de elección. En el danés, la problemática existencial es una problemática de justificación delante de un absoluto transcendente, mientras que para don Miguel la problemática existencial surge del conocimiento que el ser tiene de estar constitutivamente en peligro. La inquietud del corazón de Pascal la encontramos en Unamuno, quien lleva a sus últimas consecuencias la desconfianza en la razón.

El "conatus" de Espinoza encuentra grandes ecos en el espíritu de Unamuno, pero el ser, para el rector de Salamanca, no está encaminado

a una disolución en el Absoluto, sino que, el acto de ser, gracias a esa lucha existente en su interior, se prolonga y no acabará mientras no acabe esta lucha.

Hegel influyó notablemente en don Miguel. Con el triunfo de la Idea llega la paz eterna y la definitiva conciliación. El Espíritu Absoluto es una aberración a los ojos de Unamuno; ese usar y tirar a los hombres para favorecer su autodespliegue es inaceptable, ya que supone la aniquilación más absoluta de toda individualidad humana.

Es un esfuerzo vano el pretender inmovilizar a don Miguel en una etiqueta o en una determinada corriente filosófica. No le cuadra ninguna; eso sí, pasa por muchas, y por las que pasa indefectiblemente alborota.

De las obras de Unamuno es fácil extraer textos que, aislándolos, según los contextos, significarán una cosa o su perfecto contrario. En la formación del pensamiento de Unamuno no solo han influido filósofos; también, y con igual mérito, han influido poetas y literatos: Leopardi, Carducci, Dante, Stendal, Balzac, Thomson, Tenyson, Antero Quental, Teófilo Braga, Teresa de Jesús, Cervantes, Lope de Vega, Calderón, los Machado...

Y es que, para don Miguel, filosofía y poesía no son sino hermanas.

El pensamiento de Unamuno no es sistemático: no encontraremos jamás un tratado de metafísica, antropología... Con todo, una concepción del ser, una idea de la realidad, la tiene como todo hombre.

Unamuno posee una concreta y determinante concepción del ser, de la realidad, ésta deduce un hombre con unas características determinadas. Este hombre actuará en la historia de modo afín con lo que es. He aquí la estructura de este trabajo.

Se ha intentado explicitar, nunca mejor dicho, en la medida de lo posible, la concepción del ser, de la realidad de don Miguel. De ésta, haciendo una leve referencia a la gnoseología, pasamos al hombre "de carne y hueso"; quien siguiendo su esencia y modo de ser, no puede actuar sino en conformidad con su naturaleza. Pero el hombre no está solo, la hermandad ontológica le lleva a encarar su vida y su historia de una manera concreta.

Por último, no hemos querido penetrar en el tema de Dios; hemos hecho referencia a él de vez en cuando, no muy frecuentemente. Esto no porque no sea un tema importante en el pensamiento y en la vida de Unamuno, sino porque no se encuentra dentro de la intención de este trabajo: aproximarnos al hombre unamuniano y ver su actuación en la historia.

I.- EL SER EN UNAMUNO

1.1.- UNA PRIMERA APROXIMACION AL SER UNAMUNIANO.

"Si afirmamos bien, veremos que debajo de esas preguntas no hay tanto deseo de conocer un porqué como el de conocer para qué: no de la causa, sino de la finalidad" (1). Objeto y estudio para Unamuno no será tanto la causa de ser, sino su finalidad. Todo para qué supone una intención, un propósito, que a su vez no puede existir de por sí, necesita de una conciencia que lo piense y de una voluntad que lo realice.

No podrá haber finalidad donde no haya conciencia. Don Miguel concluye con la perfecta identificación de la conciencia con la finalidad. "Este para, esta noción de finalidad... no nace sino donde hay conciencia. Conciencia y finalidad son la misma cosa en el fondo"(2). Por consiguiente solo poseerán finalidad aquellos seres que sean "concientes". Hay una perfecta incompatibilidad entre lo "inconciente" y lo finalístico. Unamuno no busca el conocimiento de la verdad por sí misma, ni siquiera el conocer por el conocer; no buscará en toda su obra otra cosa que el conocer la finalidad (3).

El problema del ser se reduce al problema de la finalidad. Hemos visto que ésta se reduce a la conciencia. Para don Miguel el problema filosófico por antonomasia será el problema de la conciencia. En tanto se afirma una cosa en cuanto está en la conciencia. Esto no quiere decir que Unamuno niegue la existencia de las cosas fuera de la conciencia; se limita a afirmar que no sabemos nada de lo extra-concienencial. "¿Puede mi conciencia saber que hay algo fuera de ella? Cuanto conozco o puedo conocer está en mi conciencia" (4).

Gracias a la conciencia el hombre se sabe y se siente existente. Podemos decir que el hombre es un ser "conciente". Un ser que no sólo existe, sino que sabe que existe. Se siente existente. Lo "conciente" no sólo es, "se es". "La propia conciencia humana es lo único que sentimos por dentro y en el que sentirse se identifica con el serse" (5).

Por desgracia no todos son capaces de sentirse existentes, "es cosa apenadera, pero muy cierta, sin embargo, por desgracia, que no todos sienten su propio espíritu, que no todos se sienten ser y existir como núcleo de su Universo"(6). La falta de este sentimiento convierte al hombre en un autómatas, carente de sentimientos. "Autómatas, que nos producen la ilusión de seres vivos, que no sienten en fin, el peso del propio espíritu ni el contacto con él" (7). La experiencia originaria del ser se manifiesta, entonces, con la percepción del propio y único yo.

Puesto que "¡no hay otro yo! Los habrá mayores y menores, mejores y peores; pero no otro yo. Yo soy algo totalmente nuevo; en mí se resume una eternidad de pasado y de mí arranca una eternidad de porvenir. ¡No hay otro yo! Esta es la única base sólida de amor entre los hombres, porque tampoco hay otro tú que tú, ni otro él que él" (8).

Esta experiencia de serse, esta conciencia de sí, es consecuencia de la percepción de una distinción y de una oposición con lo que no es uno mismo. No podemos concebir esta experiencia sin la percepción, simultánea, de aquello que limita el ser. Tampoco podemos pensar en una

(1) *STV* II, 757.

(2) *Ibidem*, 740

(3) Cf. *Ibid.*, 755.

(4) *STV* II, 899.

(5) *Ibid.*, 856.

(6) *Plenitud* I, 572.

(7) *Ibidem*, 573.

(8) *VQS* II, 341.

experiencia en la cual el indefinido sea homogéneo; supondría la desaparición de la conciencia de ser (9).

¿Cuándo el hombre se siente “siendo”? ¿Cuándo podemos decir que es conciente?. Unamuno recurre a un paralelismo para responder a estas preguntas. El hombre posee ciertos órganos internos que son ignorados y desconocidos mientras no le duelan. Pasa lo mismo con la vida espiritual; mientras el espíritu no es atravesado por un dolor acerbo y agudo, no se siente directamente y en primera persona él mismo (10).

Este dolor consiste en la sensación del propio límite; dicho límite atañe a dos aspectos del ser. Desde el punto de vista exterior, el dolor brota a la par que la comprobación de nuestra pobreza y limitación ontológica. Surge el deseo de ser aquello que no se es, pero sin dejar de ser lo que se es. Este es el origen de la tensión entre el límite propio y las ansias de superarlo. Entran en liza lo que se es y lo que se quiere ser, pero no se es. Pero el dolor se da también en el interior mismo del ser. La “concientización” insta una relación de lucha y oposición entre el serse y lo inconciente. El ser intenta romper, para penetrarla, la masa densa y compacta de la inconciencia. “La conciencia tiende a ser más conciencia cada vez, a concientizarse, a tener conciencia plena de toda ella misma, de su sentido todo. En las profundidades de nuestro propio cuerpo hay espíritu que lucha por conocerse. (...) Es el dolor, en efecto, la barrera que la conciencia, o sea, la materia, pone al espíritu; es el muro con que topa la conciencia al querer ensancharse a costa de la inconciencia, es la resistencia que ésta última pone a concientizarse (...) Quien no hubiese nunca sufrido, poco o mucho, no tendría conciencia de sí” (11).

Podría parecer que el dolor amainase a medida que la concientización avanza. En realidad, este avanzar es siempre una mayor aproximación al no ser. Una vez que la conciencia hubiera concientizado todo, ésta se despeñaría en el abismo del no ser, ya que no habría más dolor, y sin éste se desvanecería la conciencia (12).

En última instancia, la filosofía se reduce a considerar y estudiar al hombre. Para Unamuno todos los anteriores tentativos realizados para estudiar al hombre han fracasado, pues le han diluïdo su realidad existencial en una esencia general y antivitral. El hombre que interesa a la filosofía es el yo concreto y personal; considerado en toda su complejidad y con todo su intrincado dinamismo. “Este yo concreto, circunscrito, de carne y hueso, que sufre mal de muelas y no encuentra soportable la vida si la muerte es la aniquilación de la conciencia personal” (13).

El yo no se cierra en un solipsismo hermético. Se abre también a los otros yo. El problema filosófico es mi yo; el hombre es desde su yo. Cada

(9) Cf. MEYER F., *L'ontologie de Miguel de Unamuno*, 8 abreviado: *L'ontologie*.

(10) *STV* II, 920.

(11) *Ibidem*, 919.

(12) Cf. SANCHEZ RUIZ J., *Razón, mito y tragedia*, 28.

(13) *STV* II 754.

uno de nosotros, para sí mismo, es todo; lo demás puede decirse que es algo sólo a través de nuestro yo. De aquí la importancia de ser verdaderamente uno mismo, “no te creas más, ni menos, ni igual que otro cualquiera, que no somos los hombres cantidades. Cada cual es único e insustituible; en serlo a conciencia pon tu principal empeño (...) Si das el oro de tu alma, correrá aunque se le borre el cuño” (14).

1.2.- PERMANENCIA DEL SER. SED DE SER.

El tiempo desmenuza el ser y lo limita, arrastrando inexorablemente al ser, lo trajina, no permitiéndole salir de su flujo. El tiempo reduce el ser al presente. “Atamos el ayer al mañana con eslabones de ansia, y no es el ahora, en rigor, otra cosa que el esfuerzo del antes por hacerse después; no es el presente sino el empeño del pasado por hacerse porvenir. El ahora es un punto que, no bien pronunciado, se disipa” (15).

Continuamente el ser muere para continuar existiendo; tanto es así, que la vida humana no es otra cosa que dejar de ser lo que se es y comenzar a ser de nuevo. “La vida es continua creación y consumación continua, y, por tanto, muerte incesante. ¿Crees acaso que vivirías si a cada paso no muriéses?” (16).

La muerte pertenece de esta manera, al horizonte intrínseco y constitutivo del vivir humano, “una vida sin muerte alguna en ella, sin deshacimiento en su hacimiento incesante, no sería más que perpetua muerte, reposo de piedra. Los que no mueren, no viven; no viven los que no mueren a cada instante para resucitar al punto” (17).

La sed de ser es un elemento constitutivo de la esencia del hombre. Le lleva a enfrentarse contra toda limitación temporal, transformándose esa lucha en anhelo de persistencia eterna. Sin esta inquietud la humanidad concreta de cada hombre se convierte en algo parecido “a miserables sombras que desfilan de su nada a su nada, chispas de conciencia que brillan un momento en las infinitas y eternas tinieblas” (18). Se instaura una lucha eterna entre el hombre y su muerte, “es mi anhelo de vivir y de vivir por siempre, el que me inspira (...) con razón, sin razón o contra ella; no me da la gana morir. Y cuando al fin me muera, si es del todo, no me habré dejado morir, sino que me habrá matado el destino humano (...) yo no me dimito de la vida; se me dimitirá de ella” (19). Unamuno asemeja el dinamismo del ser a aquél que provoca el sístole y diástole del corazón. Gracias al diástole el ser se esponja, crece y sacia su sed de ser más; pero apenas apagado el empuje de éste, surge el sístole que le hace tomar conciencia de su situación de miseria ontológica (20). Esta suprema angustia supone un hito crucial en la atormentada marcha

(14) *Adentro* I, 224.

(15) *STV* I, 908.

(16) *La fe* I, 849.

(17) *VQS* II, 244.

(18) *STV* II, 853.

(19) *STV* II, 853.

(20) Cf. *Ibidem*, 853.

del ser humano, representa el paso del conocimiento aparenial y fenoménico, a aquél que es sustancial, porque vital. "Cuando más entonado me encuentro en el tráfigo de los cuidados y menesteres de la vida, estando distraído, en fiesta o en agradable charla, de repente aparece como que la muerte aleteara sobre mí. No la muerte, sino algo peor, una sensación de anonadamiento, una suprema angustia. Y esta angustia, arrancándonos del conocimiento aparenial, nos lleva de golpe y porrazo al conocimiento sustancial de las cosas" (21).

Esta agonía nos sitúa en su significado original de lucha; y también nos muestra una mezcla impura entre la vida y la muerte. Nos hace testigos del abrazo, terriblemente vivificante, entre la vida y la muerte.

1.3.- LA INMORTALIDAD Y LA PROBLEMÁTICA DEL SER.

La inmortalidad constituye el motivo que estará siempre presente en toda la obra de don Miguel, para quien todo perdería sentido y razón de ser si, realmente, el hombre estuviese abocado a dejar de ser. "Para qué sirve esforzarse en desarrollar y fomentar la justicia, el arte, la educación (...) si mi esfuerzo está destinado, tarde o temprano, a sumergirse en la nada"(22).

Para Unamuno es la inmortalidad a la cual no pueden faltar determinadas características, la piedra de toque de su pensamiento. En su eternidad, el ser gozará de una prolongación indefinida e inacabable del tiempo. Al pertenecer la temporalidad al ser como una dimensión esencial a éste, si el tiempo desapareciera o fuese superado el ser dejaría de ser lo que actualmente es. El sobrevivir implica la continuidad de la identidad del propio yo a través del tiempo: "No quiero morirme, no; no quiero, ni quiero quererlo; quiero vivir siempre, siempre, siempre, y vivir yo, este pobre yo que me soy y me siento ser ahora y aquí, y por eso me tortura el problema de la duración de mi alma"(23). Se rechaza categóricamente todo panteísmo; el ser no está destinado a disolverse en la divinidad, perdiendo la conciencia de sí. "No, no es en anegarme en el gran Todo (...). No nos sirven engañosas de monismo: queremos bulto y no sombras de inmortalidad"(24).

Unidad y continuidad son dos pilares sobre los cuales se apoya y se basa el ser. "La inmortalidad que apetece es una inmortalidad fenoménica, es una continuación de la vida"(25).

Otro tipo de inmortalidad, que no mantenga el ser tal cual es, es un absurdo para Unamuno; algo parecido como ir en contra de la propia naturaleza del hombre. La inmortalidad no saciará jamás el apetito de infinito, de serlo todo, inherente al ser. Si este apetito fuese saciado totalmente sería lo mismo que decir que el ser ha llegado a ser perfecto, con lo cual habría alcanzado, también, su propio fin... La tensión entre

(21) *VQS* II, 289.

(22) *STV* II, 771.

(23) *Ibidem*, 769.

(24) *Ibid.*, 771.

(25) *Ibid.*, 738.

el todo y la nada no podrá cejar jamás. “¡O todo o nada! Hay un profundo sentido en esto (...) diga lo que dijera la razón, la gran alcahueta, nuestras entrañas espirituales (...) nos dicen que para no llegar, más tarde o más temprano, a ser nada, el camino más derecho es esforzarse por serlo todo”(26).

Un yo que no evolucionase estaría condenado al más negro tedio, primer síntoma de la despersonalización. La sed de ser no se refiere sólo, no puede referirse, a un determinado número de perfecciones, soslayando las demás, se podría afirmar, entonces, que el ser es sed de esas perfecciones y de no ser las demás. Sería, al mismo tiempo, sed de ser y sed de no ser (27).

La inmortalidad que don Miguel propone es una inmortalidad a medida del hombre, de todo el ser del hombre. Este ser, es un ser en el mundo, necesita del ambiente en cuanto teatro de operaciones donde se libran las batallas entre lo conciente y lo inconciente. “Tiemblo ante la idea de tener que desgarrarme de mi carne; tiemblo más aún ante la idea de tener que desgarrarme de todo lo sensible y material, de toda sustancia”(28).

Toda investigación metafísica que se precie, tendrá que enfrentarse con el problema metafísico, según Unamuno, fundamental: el ansia de inmortalidad que anida en lo más entrañable del espíritu humano, y “es que la metafísica no tiene valor sino en cuanto trate de explicar cómo puede realizarse ese nuestro anhelo vital”(29). “Yo necesito la inmortalidad de mi alma; la persistencia indefinida de mi conciencia individual, la necesito; sin ella, sin la fe en ella, no puede vivir, y la duda, la incredulidad de haber de lograrla, me atormenta”(30).

1.4.- LA VERDAD Y LA VIDA.

Por lo ya dicho, según don Miguel, no podemos pretender una conformidad entre el conocimiento y la cosa. La verdad lógica nace de la personificación de la naturaleza, una distinción que sólo puede hacerse en las relaciones con las personas. Un hombre puede decir la verdad o mentir; en cambio las cosas, que no son personas, no pueden engañarnos. “El hombre miente y aprende de otros hombres la mentira, y como el hombre lo ve todo con ojos humanos, todo lo humaniza. Humaniza el hombre a la Naturaleza, atribuyéndole cualidades e intenciones humanas; y como el hombre dice una cosa y piensa o siente otra, suponemos que también la Naturaleza nos miente. Y de aquí nuestros errores que proceden de suponer a la Naturaleza, a la realidad, una intención oculta de que carece”(31).

(26) *La locura del doctor Montarco* I, 551.

(27) Cf. SANCHEZ RUIZ J., *Razón, mito y tragedia*, 102.

(28) *STV* II, 711.

(29) *Ibidem*, 930.

(30) *Ibid.*, 917.

(31) *Qué es verdad* I, 801.

Lo falso será aquello que disminuya, perjudique y estorbe la vida. “Todo es verdad en cuanto alimenta generosos anhelos y pare obras fecundas; todo es mentira mientras ahoge los impulsos nobles y aborte monstruos estériles”(32).

El conocimiento no puede ser de naturaleza distinta del conocedor. El ser es irracional e ilógico. El único criterio verdadero se halla en la vida misma. “La vida es criterio de verdad, y no la concordancia lógica, que lo es sólo de la razón. Si mi fe me lleva a crear o a aumentar la vida ¿para qué queréis más pruebas de mi fe? Cuando las matemáticas matan, son mentira las matemáticas”(33). Un conocimiento que logre su fin natural, que es estar al servicio de la vida, es un conocimiento verdadero. El efecto práctico es el único criterio válido de la verdad de una visión cualquiera. Los conocimientos serán más o menos verdaderos en medida que favorezcan o no la vida.

Puede darse que un conocimiento no siempre sea bueno o no siempre sea malo. “La verdad, lejos de ser meramente la concordancia de la mente con la cosa, es la consecuencia del movimiento mismo de la vida”(34). “Todo lo que eleva e intensifica, refléjase en ideas verdaderas, que lo son en cuanto lo reflejen y en ideas falsas todo lo que la deprima y la amargue”(35).

Muchas veces sacrificamos la sinceridad en pos de la consecuencia, la vida a la idea, “lo más triste de todo es que solemos comprar la consecuencia a precio de la sinceridad, y que a trueque de aparecer ante los demás como les hicimos esperar que apareciéramos, nos hacemos traición a nosotros mismos. Ser consecuente suele significar, las más de las veces, ser hipócrita”(36). Lo único absoluto es la vida y a ella deberán conformarse tanto la inteligencia como la voluntad. Lo que piensa y se hace debe estar en consonancia con las exigencias de la vida. “¿Para qué acongojar el ánimo restregándole la ley escrita, que es muerte, y no dejarle que descubra la ley viva, la que en sus entresijos yace? Y esta ley viva es la ley de la sinceridad; es que correspondan a nuestras entrañas nuestras entrañas; que sea nuestro proceder hijo de nuestro sentir, y nuestras palabras, revelación de nuestros pensamientos”(37). Más que saber la verdad, deberá el hombre serla.

1.5.- EL ANQUILOSAMIENTO DEL SER: LA LOGICA Y LA RAZON.

Lo realmente absoluto es la vida. Esta no puede estar subordinada a principios lógicos de ningún tipo. Los que se oponen “son los que creen que los hombres debemos estar al servicio de las ideas, y no éstas a

(32) VQS II, 181.

(33) VQS II, 181.

(34) FERRATER MORA J., *Unamuno, bosquejo de una filosofía*, 42 abreviado: *Unamuno*.

(35) *La ideocracia* I, 254.

(36) *Sobre la consecuencia, la sinceridad* I, 855.

(37) *Sobre la soberbia* I, 630.

nuestro servicio. Y aunque son muchas las veces que he sostenido mi cada vez más fuerte convicción de que el hombre es superior a las ideas, y estas sirven más para servirle que él para servir las, vuelvo a mi tema favorito”(38). La vida tiene una única finalidad que le es imanente: desarrollarse, vivir, hacerse.

El hombre lógico se convierte no ya en agente sino en paciente respecto a su propia vida. La lógica aniquila la capacidad discursiva del hombre y, a la larga, al hombre mismo; ya que “no discurre él, sino que discurren en él sus razones”(39).

Es más, dando a la lógica una importancia que no le corresponde, ésta desvía la atención del hombre hacia aspectos secundarios y tangenciales, dejando al soslayo las zonas “húmedas” del ser.

Existe una inadecuación clara y preciosa entre lo ideal y la vida. Es imposible captar la vida con la inteligencia. “Es una cosa terrible la inteligencia. Tiende a la muerte como a la estabilidad de la memoria. Lo vivo, lo que es absolutamente inestable, lo absolutamente individual, es, en rigor, ininteligible. La lógica tira a reducirlo todo a entidades y a géneros, a que no tenga cada representación más que un solo y mismo contenido en cualquier lugar, tiempo o relación que se nos ocurra. Y no hay nada que sea lo mismo en dos momentos sucesivos de su ser. (...) La identidad, que es la muerte, es la aspiración del intelecto. La mente busca lo muerto, pues lo vivo se le escapa; quiere cuajar en témpanos la corriente fugitiva, quiere fijarla. Para analizar un cuerpo hay que menguarlo o destruirlo. Para comprender algo hay que matarlo, enrigidecerlo en la mente (...)

¿Cómo, pues, va a abrirse la razón a la revelación de la vida? Es un trágico combate, en el fondo de la tragedia, el combate de la vida con la razón”(40).

El poder destructivo de la razón lleva a ésta a aniquilarse a sí misma. El hombre intelectual, esclavo de la razón, jamás comunicará vida, a lo más, comerciará con las ideas. Pobres desgraciados, que renuncian a sí mismos en nombre de la diosa Nada. La luz de la vida es mucho más eficaz que la luz de la razón. Movido por una especie de celo vital, don Miguel, a quien tanto repugnaban las etiquetas y las clasificaciones, acepta con gusto el ser llamado ideoclasta; “aborrezco toda etiqueta, pero si alguna me habría de ser más llevadera es la de ideoclasta, rompe-ideas. ¿Que cómo romperlas? Como las botas: haciéndolas más y usándolas”(41).

2.1.- FILOSOFIA Y VIDA.

El hombre filosofa para vivir, para saber a qué atenerse y qué hacer. Al hombre no le basta vivir, sin más, por encontrarse en la vida, sino que

II.- EL HOMBRE FRENTE A SU ESENCIA

(38) *Sobre la soberbia* I, 63039

(39) *Plenitud* I, 582.

(40) *STV* II, 810.

(41) *La ideocracia* I, 249.

necesita hacérsela. El hombre es la fuente de la preocupación de la filosofía, aquello que hay que poner en claro, el problema que cada uno es a sí mismo (42).

De las entrañas del hombre emergen realidades mucho más vivientes que cualquier principio: el hambre de inmortalidad, el instinto de conservación, la mezcla inextricable de la desesperación y la esperanza. El error de la filosofía ha sido el de desatender tales realidades o intentar explicarlas, en vez de sentirlas, de abrazarse a ellas. Lo peor de las ideas no es lo que ellas son, sino lo que pretenden ser: reflejos tranquilos de lo externo que ciegan la fuente de donde proceden y el gemido que les ha dado nacimiento.

Por eso el hombre de carne y hueso, el que piensa para vivir y no simplemente para reflejar impasiblemente los perfiles, supuestamente inmutables, de las cosas, comienza a usar a fondo, a romper la verdad de las ideas con objeto de apoderarse de lo que ellas ocultaban sin saberlo: "entrañables" ideales (43).

La filosofía no debe intentar conciliar las necesidades afectivas y volitivas con las intelectuales. Los principios son fuentes, hontanares, de tal manera que están más próximos a una entraña concreta que a un fundamento abstracto. "Ocurre con frecuencia en las conversaciones que se llega a tratar lo que las gentes llaman filosofía, de la brevedad de la vida, de la vanidad de todo. Y entonces casi siempre se dice: lo mejor es no pensar en eso, porque no se podría vivir. Y, sin embargo, lo mejor es pensar en ello, porque sólo así se puede llegar a vivir despierto, no en el sueño de a vida"(44).

La filosofía es un producto humano de cada filósofo, y cada filósofo es un hombre de carne y hueso que se dirige a otros hombres de carne y hueso. En el fondo de nuestro pensar sobre la vida y el mundo no hay un espíritu o una vida, entidades siempre demasiado genéricas, sino el hecho irreductible, originario, primitivo de nuestro particular y concreto existir. La labor del filósofo excede con creces la sola reflexión intelectual, aislada de la acción; su labor incide, o debería incidir, en el espíritu de los hombres, proporcionándoles el alimento más adecuado para su espíritu. Tiene que "favorecer a los pobres de espíritu, y no con el favor que ellos piden, sino con el que necesitan"(45).

Unamuno echa mano de las grandes figuras de la filosofía, movido por un interés íntimo y grave: el de los problemas mismos. Su gran propósito es ser un acicate que, contra tirios y troyanos, despierte los espíritus amodorrados y los lleve a portar su condición natural como corresponde a su dignidad. "Pero es que mi obra -iba a decir mi misión- es quebrantar

(42) Cf. MARIAS J., *Miguel de Unamuno*, 190.

(43) Cf. FERRATER MORA J., *Unamuno*, 40-41.

(44) Unamuno M., *Diario íntimo*, 25 abreviado: *DI*.

(45) *A lo que salga* I, 620.

la fe de unos y de otros y de los terceros, la fe en la afirmación, y ésto por fe en la fe misma; es combatir a todos los que se resignan (...); es hacer que vivan inquietos y anhelantes”(46).

2 2.- EL HOMBRE MIRA A LOS OJOS DE LA ESFINGE.

Lo visto hasta ahora, toma caracteres trágicos si es aplicado al objeto de la filosofía por antonomasia: el hombre.

Si el hombre es fiel a sí mismo, si no se engaña con sucedáneos, deberá mirar a los ojos de la esfinge y afrontar el problema de su propia, y única muerte; de su inmortalidad concreta, de bulto. Se trata del problema del hombre, de la persona del hombre, y de su perduración. Y quien plantea esta cuestión es la muerte: se trata de saber qué es morir, si es aniquilarse o no. Si morir es una cosa que le pasa al hombre para entrar en una vida perdurable, o si es que deja de ser. Don Miguel ha sentido en propia carne esta incertidumbre, transnitiéndola a lo largo y ancho de toda su obra.

No solo es la muerte, conclusión de la etapa terrena; es la vida la que también preocupa a Unamuno, ya que las muertes son distintas, según las vidas que concluyen. La vida adquiere una tonalidad completamente distinta según el hombre viva para morir y dejar de ser, o para pervivir. La interpretación de la muerte es la clave de su concepción del mundo y de la vida. “Hay que volver a sí y proponerse el verdadero problema: ¿qué será de mí? ¿Vuelvo a la nada al morir? Todo lo demás es sacrificar el alma al nombre, nuestra realidad a nuestra apariencia”(47).

A través de su obra toparemos, a cada salto de mata, con la experiencia ontológica fundamental: el ser finito, caduco y perecedero que tiene tendencia y querencia de ser más, de sostenerse en el ser; pero afectado por al nada y por el hambre de ser, sufre de la razón. “De continuo la voluntad(...), la irresignación a la muerte, fragua la morada de la vida, y de continuo la razón la está abatiendo con vendavales y chaparrones”(48).

El hombre, al sentir que el mundo le abandona y que su propio yo se le va, desvaneciéndose todo en la nada, se siente suspendido en el abismo de la nada y experimenta el vértigo de la finitud. “Recógete lector, en ti mismo, y figúrate un lento deshacerte de ti mismo, en que la luz se te apague, se te enmudezcan las cosas y no te den sonido, envolviéndote en silencio; se te derritan de entre las manos los objetos asideros, se te escurra de bajo los pies el piso, se te desvanezcan como en desmayo los recuerdos, se te vaya disipando todo en nada, y disipándote también tú, y ni aún la conciencia de la nada te quede siquiera como fantasma agarradero de una sombra”(49).

(46) *STV* II, 1015.

(47) *DI*, 121.

(48) *STV* II, 827.

(49) *Ibidem*, 766-767.

2.3.- CONSECUENCIAS DE LA TRAICION A SI MISMO.

Por desgracia, no todos los hombres se toman la vida en serio. Los hay que gastan y desvían sus mejores energías en causas superfluas y transitorias; midiendo la vida por un rasero esterilizante. “Tenemos que estar atentos a los corazones mezquinos que solo miden la grandeza de las acciones humanas por el bajo provecho de la carne o el sosiego de la vida externa”(50).

El hombre, ignorando su interna tensión, se vuelve siempre más abyecto y ruin. Si descentrada es su vida, descentradas serán también sus acciones. Alejado de su más íntimo manantial, el ser humano emplea todas sus energías en distinguirse de los demás. Un morbo de falsa autenticidad le corroe, haciéndole confundir la sencillez con la simplificación. “El hombre que dobla la cerviz a la suerte sin luchar con ella, no es verdadero hombre, no es de los que aspiran al más hombre (...) Dé cada cual su nota propia y peculiar estructura; lo que de ella concuerde con la dominante melodía, en ésta se perderá reformándola, y lo que no irá al fondo inexhausto de los armónicos, discordantes, entre sí, muchos. ¡Nada de canto monofónico!”(51).

No se huye del colaborar con los demás, se rompe la armonía y el hombre absolutiza los medios olvidándose de los fines; la diferenciación exacerbada expulsa al hombre de su propia interioridad, convirtiéndose en un extraño a sí mismo. La vorágine del mercado lo engulle y lo axfisia. “No se procura el desarrollo integral y sano de la personalidad, no; se quiere caricaturizarse cuanto sea posible, acusar más y más los rasgos diferenciadores a costa de la dignidad humana. La cuestión es elevarse y distinguirse sin respeto alguno al necesario proceso paralelo de integración. Se reduce todo a adquirir valor de cambio en el mercado para tener más salida en él.(...) No basta ser un hombre completo, entero; es preciso distinguirse, hay que subir lo más posible del cero en la escala social.(...) Y subir de cualquier modo, hay que adquirir valor social de cambio. En esta encarnizada lucha por lograr altura a cualquier precio, no es el amor a la altura, sino el terror al abismo lo que mueve al hombre”(52). No hay posibilidad de ignorar el propio problema. Si se huye de él, uno lo lleva consigo, incubando su propia sequía, que acabará por agostar su espíritu. “Topofobia (...) se pasan la vida corriendo a todo correr de un lado para otro, y no por amor a aquel adonde van, sino por odio a aquel de donde vienen, huyendo de todos”(53).

Con esta actitud el hombre se cierra en sí mismo y debilita, cada vez más, su vínculo con los otros hermanos. “Incapacidad de comprender y sentir al prójimo. Vive cada uno solo entre los demás, en un arenal yermo y desnudo donde se revuelven pobres espíritus encerrados en derma-toesqueletos anémicos”(54).

(50) VQS II, 103.

(51) *Contra el purismo* I. 422-433.

(52) *La dignidad humana* I, 279.

(53) STV II, 1019.

(54) ETC I, 135.

2.4.- LA AGONIA HUMANIZANTE.

Uno de los méritos más importantes de la angustia, es que nos permite el acceso a los otros hombres y, con ello, el descubrimiento de la persona. Los satisfechos no aman; aduérmense en la costumbre. Acostumbrarse es ya empezar a no ser. El problema de la vida humana nos remite inexorablemente al problema de la personalidad. La tribulación, la angustia consiste en que el hombre vuelve sobre sí mismo y se conoce como lo que es: algo infinito, limitado, indigente, que aspira necesariamente a lo infinito y eterno. La tribulación consiste en vivir el más profundo ser del hombre. Entre el sí y el no oscila la vida del hombre, pero ello no conduce a una abstención del juicio, sino a una inquietud permanente formada por el abrazo violento, por la lucha entre la creencia en la inmortalidad y el sentimiento de mortalidad.

Vivir es propiamente vivir en agonía, luchando contra la muerte sin ser vencido enteramente por ella, pero tampoco sin vencerla nunca por completo (55). “De este choque, de este abrazo nace la santa, la dulce, la salvadora incertidumbre, nuestro supremo consuelo” (56).

2.5.- REQUISITOS DE LA HERMANDAD ONTOLOGICA.

El hombre se da cuenta de que no está solo, sino que son tantos los que como él, sufren y llevan su congoja dignamente. El dolor y el amor no serán entonces una simple protesta contra la impía naturaleza, sino los factores que, gracias a ellos, nos permitirán descubrir la hermandad ontológica en lo más profundo y recóndito de la existencia y del misterio del ser.

Es aquí que encontramos el origen verdadero de la hermandad entre los hombres-de-carne-y-hueso; y la fuente de donde manan los actos que constituyen las realidades sociales, en su complejidad y en su devenir.

El primer acto de amor, fundamental, que tenemos y debemos dirigir al prójimo es el manifestarnos tal cual somos, sin añadidos ni estucos. “De lo que hay que huir es de la insinceridad y de la mentira. Si sientes que algo te escarabajea dentro pidiéndote libertad, abre a chorro y déjalo correr tal y como brote” (57). Consciente de la miseria ontológica del hombre, pero, a su vez, de sus inmensas posibilidades, don Miguel insta por doquier a zarandear los amodorrados espíritus para liberarles de su letal sopor.

El espíritu humano debe ser como el agua de un torrente montañoso: aguas vivas, limpias, acostumbradas a cascadas y desniveles; siempre en movimiento, siempre transparentes. Cuando el hombre pone diques a su espíritu, empieza la labor de estancamiento que, llevada a sus últimas consecuencias, convierte el espíritu en un pozo ciego de aguas putrefactas. “Avanza, pues, en las honduras de tu espíritu y descubrirás cada día nuevos horizontes, tierras vírgenes, ríos de inmaculada pureza,

(55) FERRATER MORA J., *Unamuno*, 69.

(56) *STV II*, 836.

(57) *Contra el purismo I*, 423.

cielos antes no vistos, estrellas nuevas y nuevas constelaciones. Cuando la vida es honda, es poema de ritmo continuo y ondulante”(58). Es necesario para la sociedad que sus componentes sean auténticos en su decir y en su hacer. Hacen falta en la sociedad hombres profundos que lleven consigo toda la sociedad a sus soledades. “Ve haciéndote tu sendero con tus propios pies, campo traviesa. Tales caminos, hechos así, a la ventura, son los hilos cuya trama forma la vida social; si cada cual se hace el suyo, formarán, con sus cruces y trenzados rica tela y no calabrote”(59).

La soledad tiene una función propedéutica a la acción social del hombre, cuando su espíritu está listo, de él empezará a rezumar su riqueza. “Reconcéntrate para irradiar; deja llenarte para que rebases luego, conservando el manantial. Recógete en ti mismo para mejor darte a los demás todo entero e indiviso”(60).

Por desgracia, no es el amor el elemento rector de la vida, sea social sea individual; muchos hombres no saben amarse lo suficiente como para llegar a descubrir a los demás. Hay mucha, muchísima gente que no se quiere a sí misma y, no amándose a sí mismos, nunca lograrán amar a su prójimo. Si no se llega hasta el fondo de la experiencia ontológica fundamental, vivirán una vida tangencial a ellos mismos y a los demás. “Los hombres aman con amor espiritual cuando han sufrido juntos un mismo dolor, cuando araron durante algún tiempo la tierra pedregosa uncidos al mismo yugo de un dolor común”(61).

III- LA HISTORIA Y LA INTRAHISTORIA.

3.1.- COMO SE DEBE HACER HISTORIA.

Unamuno no es un historiador, con todo, a lo largo de su abundante obra, podemos excogitar algunas líneas maestras para, no ya interpretar, sino hacer, vivir historia. Es inútil atenerse al superfluo acontecer de los hechos, no es su mera concatenación lo que nos interesa. “... ver los hechos en bruto y yuxtapuestos por de fuera. Es que pasan el hecho o la idea recortados, sin quebrar su cáscara y derramar sus entrañas en el espíritu que los recibe, sin entrar en él envueltos en su nimbo y en este desarrollarse”(62).

El fallo de la historia es algo accidental que atañe tangencialmente al espíritu del hombre concreto: es la intrahistoria la que recoge los verdaderos anhelos y los auténticos ideales. Es ella la que nos da el dictamen sobre nuestro obrar. La otra, la historia, tantas veces se ocupa de la superficie de los hechos soslayando, no pocas veces a posta, el meollo de las cuestiones. Muchas veces en pos de la historia, se cometen injusticias y crueldades bajo el nombre de intereses nacionales. “A todas horas oímos hablar del juicio de la posteridad, del fallo de la historia, de

(58) *Adentro* I, 241.

(59) *Ibidem*, 242.

(60) *Ibid.*, 248.

(61) *STV* II, 851.

(62) *ETC* I, 73.

la realización de nuestro destino, de nuestro buen nombre, de la misión histórica de nuestra nación. La historia lo llena todo, vivimos esclavos del tiempo. El pueblo, en tanto, la bendita grey de los idiotas, soñando su vida por debajo de la historia, anuda la oscura cadena de sus existencias en el seno de la eternidad”(63). “Se les saquea el fruto de su trabajo y se les lleva los hijos a matar a quienes ningún daño les han hecho, ni en nada dificultan su perfeccionamiento. Los cuatro bulleses que meten ruido en la historia de los sucesos no dejan oír el silencio de la historia de los hechos”(64).

Los actos externos y públicos no constituyen más que su superficie, la piel de su alma, y resbalan sobre ésta sin afectarla, dejándola entera y quieta, dueña de sí, y por eso libre. Hoy el mundo parece haber vaciado su vida cotidiana y privada, para nutrirse exclusivamente, y en un modo rigurosamente inauténtico, de la vida pública, de rumor histórico, de actos impersonales. Y por eso nuestro tiempo aparece despersonalizado, desustanzializado; rota la intimidad, pendiente del momento y de los sucesos, de lo que pasa y no de lo que queda (65). “La Historia, la condenada Historia, nos oprime y nos ahoga, impidiendo que nos bañemos en las aguas vivas de la Humanidad eterna, lo que palpita en hechos permanentes bajo los mudables sucesos históricos”(66).

Toda esta concatenación de superficialidades, está fomentada por el silencio que los m.c.s. imponen a todo el mundo entrañable del hombre. Soslayando éste, buscan la noticia ruidosa, de impacto; pero es tan fugaz como impactante. “Los periódicos nada dicen de la vida silenciosa de los millones de hombres sin historia que a todas las horas del día y en todos los países del globo se levantan a una orden del sol y van a proseguir la oscura y silenciosa labor cotidiana y eterna”(67).

El estudio de la historia no es algo opcional, y por lo tanto secundario, es importantísimo conocerla, no solo para aprender de los errores, y de los aciertos, de nuestros antepasados, sino, fundamentalmente, para afrontar el futuro como hombres conscientes de una responsabilidad, ante sí mismos y ante sus hijos, y echar raíces en la dimensión intrahistórica de la vida del hombre. “La misma utilidad que la gimnasia para la vida corporal tiene el examen de conciencia para el espiritual, y el estudio sereno de la Historia para un pueblo. Estudiando éste se llega al carácter popular, íntimo, a lo intrahistórico de él”(68).

(63) *La vida es sueño* I, 237.

(64) *La crisis del patriotismo* I, 289.

(65) Cf. MARIAS J., *Miguel de Unamuno*, 106.

(66) *La crisis del patriotismo* I, 288.

(67) *ETC* I, 38.

(68) *Ibidem*, 47

3.2.- LA TRADICION ETERNA:.

La tradición eterna se encuentra en las profundidades del presente que el hombre vive y que él hace despertar en su interior, y no en las ilusiones de lo solamente temporal e ilusorio. La historia como sucesión de acontecimientos y eventos, como una mera serie temporal de hechos, no es sino una película finísima, una forma superficial donde la materia se extiende, inmensa y silenciosa, por debajo del ruido que puedan hacer los acontecimientos (69).

Lo temporal cobra una gran importancia para Unamuno. No será una realidad pasiva, secundaria; de escenario, de teatro donde se representa el drama humano, pasa a ser manantial del cual brota lo eterno. "...la eternidad es la sustancia del tiempo y no el conjunto de ayer, hoy y mañana, que no es la serie infinita, sin principio ni fin, de los movimientos todos, sino la inmutabilidad sobre que estos se sustentan. Lo único real son la eternidad y la idealidad que en tiempo y en la realidad se nos muestran"(70).

Inconcebible para don Miguel el pensar en una eternidad abstracta, hetérea; lejana del trabajo cotidiano. La eternidad, por el contrario, se encuentra en lo más recóndito del acto exterior, fluyente. "La eternidad es la sustancia del momento que pasa, y no la envolvente del pasado, el presente y el futuro de las duraciones todas; la infinitud es la sustancia del punto que miro, y no la envolvente de la anchura, la largura y altura de las extensiones todas"(71).

Atención que la tradición, como la concibe Unamuno, es completamente distinta de aquella que tenían en mente los conservadores de su época. En el momento en que el hombre abandona su silencioso hontanar, deja de ser él mismo; convirtiéndose en histrión de sus propios actos, cada vez más, toda la dignidad que exige su esencia se marchita. "Hay un ejército que desdeña la tradición eterna. Gentes que por huir del ruido presente que les aturde, incapaces de sumergirse en el silencio, se recrean en ecos y retintines de sonidos muertos"(72).

"Hay un hombre que se quema las cejas en averiguar lo que hicieron y dijeron en tiempos pasados los que vivían en el ruido, y pone cuantos medios se le alcanzan para que no llegue a la historia viva del presente el rumor de los silenciosos que viven debajo de ella, la voz de hombres de carne y hueso, de hombres vivos"(73).

Cuenta sobre todo, la transmisión de los grandes ideales y de las hondas inquietudes. "¿Que el pueblo es más tradicionalista aún que los que viven en la historia? (...) Es cierto, pero no al modo de éstos; su tradición es eterna. Como su ideal es más sentido que pensado y como no toma formas y perfiles recortados y definidos, los que solo ven lo

(69) Cf. MEYER F., *L'antologie*, 27.

(70) *Maese Pedro* I, 362.

(71) *VQS* II, 280.

(72) *ETC* I, 41.

(73) *Ibidem*. 43.

geométrico y formulable lo confunden con las interpretaciones que de él se hacen”(74). Esa tradición no esclaviza, ni crea pautas a seguir. Sus coordenadas orientan y llevan a cada espíritu por un camino diverso, único y personalizante.

3.3.- EL HOMBRE NUEVO.

El hombre está en la medida en que sea él y no “le sean”. No le interesa a don Miguel el hombre en cuanto entidad abstracta, lógica, que despersonaliza todas y cada una de las esencias que representa y resume. “Ni humano, ni humanidad. El hombre de carne y hueso, el que nace, sufre y muere -sobre todo muere-, el que come y bebe, y juega, y duerme, y piensa, y quiere; el hombre que se va y a quien se oye, el hermano, el verdadero hermano. Un hombre que no es de aquí o de allí, ni de esta época o de la otra, que no tiene sexo ni patria, una idea en fin. Es decir, un no hombre”(75).

El hombre deberá saber distinguir lo esencial de lo accidental, ya que hay en toda la historia mucho que resulta exterior a la vida callada de la comunidad y que podría muy bien no haber acontecido sin que esa vida fuera modificada substancialmente. Los valores a cuya realización se encamina la propia existencia, los ideales, nos ilustran sobre esta existencia tanto o más que los hechos de la historia (76).

Unamuno nos propone como modelo a seguir a D. Quijote. No le interesan del Caballero de la Triste Figura sus gestas y epopeyas; coloca en segundo plano lo que pueda decir o hacer. Lo que realmente le interesa es lo que quiere ser. Ve en don Quijote una voluntad encaminada a hacer el bien, no es una locura, la de don Quijote, morbosa, fruto de una obsesión. Es al alcanzar la más pura madurez de espíritu que Alonso Quijano se convierte en don Quijote. A quien es menester rescatarlo de manos de quienes pretenden ser fieles a los ideales, pero en rigor se contentan con reducir éstos a una proyección externa de su propio egoísmo.

Hacen falta ideales que se hallen por igual arraigados en la historia y en la intrahistoria. Se necesita la locura de don Quijote para afrontar sin titubeos el carácter conflictivo y polémico de la realidad, la de creer, dudando, en lo imposible. Resultado de esa madurez de espíritu por medio de la cual mantienen, la razón y lo irracional, dentro del puño tenso del hombre (77).

El hombre de gobierno deberá tener particularmente encendidos en su pecho las inquietudes que anidan en los pechos de los hombres que él dependan. “Poco puede esperarse de un gobernante que alguna vez, aun cuando sea por modo oscuro, no se ha preocupado del primero y del fin

(74) *Ibid.*, 138.

(75) *STV II*, 730.

(76) Cf. MEYER *L'ontologie*, 92.

(77) Cf. FERRATER MORA J., *Unamuno*, 95.

último de las cosas, y sobre todo de los hombres, de su primer por qué y de su último para qué”(78).

El drama de la historia es el drama del ser concreto, del hombre de carne y hueso; el lleva a la dimensión temporal y a las sociedades históricas la tragedia de su naturaleza concreta. En última instancia será siempre el hombre el que deba afrontar la esfinge y asumir la lucha interior e íntima que le permite ser. “¡Un hombre nuevo! ¿Hemos pensado alguna vez con recogimiento serio en lo que esto implica? Un hombre nuevo es la renovación de todos los hombres; porque todos cobran su espíritu, es un escalón más en el penoso ascenso de la humanidad a la sobre-humanidad”(79).

Este hombre nuevo, no es sino un hombre más bueno, que se toma su vida y su historia en serio. “Ser bueno no es lo mismo que hacer el bien. Hay quien se muere sin haber cometido transgresión a la ley y sin haber deseado nada bueno”(80). Por lo tanto, el hombre no hará historia en la medida en que se dedique a contar las cerdas del rabo de la esfinge; sino en tanto en cuanto la mire a los ojos (81).

No cabe historia sin personas. Las cosas no tienen historia. Un hombre es uno, es quien es, por unir en un presente que es el de su vida actual, que va siendo y dejando ser, un pasado recordado en la memoria y un futuro anticipado en un proyecto o propósito vital. En la vida cotidiana, el hombre vive en su realidad, no en la apariencia; y por eso, mientras sigue el curso del tiempo y de sus cuidados, está referido a la eternidad, su ser queda en paz, en profunda paz, que es la libertad del ser (82).

“Se tiene muy poco en cuenta de que cada día nacen y mueren hombres. Y así resulta que se suele discutir si la Historia la hacen las muchedumbres o los grandes hombres, cuando en realidad la hacen todos, grandes y chicos, en mayor proporción unos que otros” (83).

3.4.- COMUNIDAD DE INTERESES.

Todos los actos humanos, que constituyen su propia vida, requieren la presencia de los demás, lo ajeno a él, que queda inexplicablemente enlazado con su propio yo. “Todos vivimos dependiendo los unos de los otros; he aquí un incontrovertible lugar común. Pero llamamos independiente a aquel que se apropia y asimila lo que los otros le dan, que lo toma como alimento que en propia substancia y a imagen y semejanza de ella lo elabora. Y es un pueblo espiritualmente independiente el que crece orgánicamente, por asimilación de materia y no mecánicamente por yuxtaposición” (84).

(78) STV II, 742.

(79) *Civilización y cultura* I, 310.

(80) *La agonía del cristianismo* I, 1011.

(81) Cf. *Ibidem*, 1015.

(82) Cf. MARIAS J., *Miguel de Unamuno*, 105.

(83) *Viejos y jóvenes* I, 430-

(84) *Contra esto y aquello* I, 1085-1086.

La comunidad de intereses no es sino un fruto de aquella hermandad ontológica, de la cual ya hemos hecho mención. "A partir de comunidad de intereses y de presión de mil agentes exteriores a ellas y que las unen, caminan las voluntades humanas, unidas en pueblo, al contrato social inmanente, pacto hondamente libre, esto es, aceptado con la libertad que nace de la comprensión viva de lo necesario, con la libertad que da el hacer de las leyes de las cosas leyes de nuestra mente, con la que nos acerca a una como omnipotencia humana" (85).

En esta comunidad de intereses no desempeñan un papel fundamental el número de relaciones, o los beneficios que éstas traen consigo, sino la caridad. Será la bondad, el ser buenos, lo que tendrá que dictar las normas del mercado. "No te importe el número de los que te rodeen, que todo verdadero beneficio que hagas a un solo hombre, a todos se los haces (...) Las buenas obras jamás descansan; pasan de unos espíritus a otros, reposando un momento en cada uno de ellos, para restaurarse y recobrar sus fuerzas" (86).

3.5. CULTURA Y CIVILIZACION.

"Heredamos en el ambiente social, y no en nuestro organismo íntimo ni en nuestra estructura mental, el legado de la acumulada labor de los siglos. Civilización y cultura marchan de par mediante acciones y reacciones mutuas" (87).

Cultura y civilización están metidas en el interior de un movimiento que con flujos y reflujos, lleva al esplendor a una civilización, cuando llega a su plenitud ha alcanzado el comienzo de su declive. Será la cultura, portadora de vida y energía, la que hará de fermento para que empiece a desarrollarse una nueva civilización. "Las civilizaciones son matrices de culturas, y luego éstas, libertadas de aquéllas, que de planetas se convierten en quistes, dan origen a civilizaciones nuevas" (88).

La cultura es el germen vivo, la civilización es el conjunto de estructuras. La historia revela así, que la vida y la muerte son inseparables; la muerte de las civilizaciones es condición de vida para las culturas y civilizaciones nuevas. Estamos delante de una de las razones por las cuales el hombre percibe en sus actos y en sus palabras la tensión entre una cultura que se ha convertido en civilización y la cultura nueva, que debe liberar de sus escombros un hombre nuevo" (89).

"La semilla contiene en sí árbol pasado y futuro, es lo eterno del árbol. Semillas somos los hombres del árbol de la humanidad. El hombre (...) lleva en sí todo el mundo que le rodea, con su cultura civiliza todo cuanto

(85) *ETC I*, 50.

(86) *Adentro I*, 245.

(87) *Civilización y cultura I*, 307.

(88) *Ibidem*, 308.

(89) Cf. MEYER F., *L'ontologie*, 67.

maneja”(90). Civilización no es sinónimo de confort y comodidad. Tanto más una civilización prestará un servicio al hombre, a todo hombre, no en cuanto más le sumerga en un sopor de terciopelo, sino en la medida en la cual le ponga delante de sí mismo y le inste a cargar con su duda, haciéndola fructificar. “Mientras no desaparezca ese concepto de la civilización que la hace consistir primera y principalmente, en comodidades y facilidades para la vida material, en blanduras y molicies de civilización, no se ha adelantado del todo”(91).

3.6.- LA CONCEPCION DEL PROGRESO.

Tantas veces, se lamenta Unamuno, es la avaricia, el tener más, lo que mueve al hombre. No es, en cambio, muy frecuente la ambición, aquella que empuja al hombre a ser, cada vez más, él mismo. En nuestra sociedad es más el horror a la pobreza, no la sed de riquezas, lo que lanza a los más de los hombres a sus locas empresas. Es más avariciosidad que ambición lo que nos mueve (92).

El progreso debe alcanzar los aspectos más recónditos, se debe dar en campos concretos y amplios de acción para que sea un verdadero progreso. “Y así cuanto más se estrecha y constriñe la acción a lugar y tiempo determinados, tanto más universal y más secular se hace, siempre que se ponga alma de eternidad y de infinitud, soplo divino de ella. La mentira más grande en la Historia es llamarla Historia Universal”(93).

Desgraciadamente son pocos a vivir su historia universalmente, muchos hombres, cegados por el espejismo del presente, no miran nunca hacia atrás. El hombre está perdido en una maraña de procesos, progresando más bien poco. “Lo pasado, pasado. Sí, para los que viven en el tiempo fugitivo, para los que pasan por su carrera como un móvil por su trayectoria, como la tierra por su órbita, perdiendo la pasada posición en cada posición nueva. Hay que vivir recogiendo el pasado, guardando la serie en el tiempo, recibiendo el presente sobre el atesorado pasado, en verdad progreso, no en mero proceso ¿y cómo? Atesorando méritos para la eternidad, sabiendo que hoy somos mejores que ayer, radicalmente mejores, que hoy somos más que ayer, más seres, más divinos” (94).

El progreso no es una realidad independiente de la acción del hombre; sino que es una realidad provocada por la íntima y dramática esencia del hombre. “El progreso se debe (...) a que los hombres somos únicos e insustituibles ya que la muerte obliga a unos a salir de la vida, y el nacimiento les obliga a otros a entrar en ella, ocupando éstos el lugar de aquéllos, pero no sustituyéndolos” (95).

(90) *Civilización y cultura* I, 308.

(91) *Tres generaciones* II, 274.

(92) Cf. *VQS* II, 274.

(93) *Ibidem*, 279-280.

(94) *DI*, 91-92.

(95) *Viejos y jóvenes* I, 434.

El progreso, para ser tal, debe incidir de alguna manera en ese fondo intrahistórico que mueve, desde el silencio, la historia. "No no es eso; es una serie de expansiones cualitativas es un enriquecerse el ambiente social en la complejidad, organizándose, descendiendo a las honduras eternas de la Humanidad y facilitando un nuevo progreso."(96).

Es mucho lo que debemos a nuestros antepasados; sobre su esfuerzo nosotros nos desarrollamos y progresamos. A su vez, nuestros descendientes gozarán del mundo que nosotros les hayamos dejado. "Toda la historia humana, la labor del hombre sobre el ambiente en que vive, los esfuerzos de generaciones, acumulados y multiplicados con interés compuesto, van civilizando el ámbito, en que hombres nuevos beben nueva y más alta vida. Es el ámbito social, más que el individuo lo que progresa"(97).

Nos hacemos siervos del progreso en vez de sus dueños, cuando nos doblegamos a la lógica, quedándonos ciegos e incapaces de ver y buscar lo eterno fuera del tiempo y de la historia. El progreso debe contribuir en primer lugar, a despertar el apetito de inmortalidad existente en el hombre. "Sólo se comprende el progreso en cuanto libertando de su riqueza al rico, al pobre de su pobreza y de la animalidad a todos, nos permite levantar la frente al cielo y, aliviándonos de las necesidades temporales, nos descubre las eternas. Del progreso real y concreto, que es un medio, hacemos progreso ideal y abstracto, fin e ídolo. Todo esto no es más que avaricia, forma concreta de toda idolatría, hacer de los medios fines. El oro, que es instrumento de cambio, lo tomamos como fin, y para acumularlo vivimos miserablemente. Y la cultura no es más que oro, instrumentos de cambio. ¡Hay que producir, producir lo más posible, en todos los órdenes, al menor coste, y luego que desfallezca el género humano al pie de la monumental torre de Babel, atiborrada de productos, de máquinas, de libros, de cuadros, de estatuas, de recuerdos de mundanas glorias, de historias"(98). La producción, ensalzada a fin, no hace sino destruir al hombre. Para progresar en humanidad hay que ser hombres que viven en y desde la intrahistoria. "Sobre el silencio augusto, decía, se apoya y vive el sonido; sobre la inmensa humanidad silenciosa se levantan los que meten bulla en la Historia. Esa vida intrahistórica, silenciosa y continua como el fondo mismo del mar, es la sustancia del progreso, la verdadera tradición, no la tradición mentida que suele ir en busca del pasado enterrado en libros, papeles, documentos y piedras. Los que viven en el mundo, en la Historia, atacados al presente momento histórico, peloteados por las olas en la superficie del mar donde se agitan naufragos, éstos no creen más que en las tempestades y los cataclismos seguidos de calmas, estos creen que puede interrumpirse y reanudarse la vida"(99).

(96) *Civilización y cultura* I, 808.

(97) *La crisis del patriotismo* I, 287-283.

(98) *La vida es sueño* I, 234.

(99) *ETC*, I, 38.

El progreso bien entendido contribuye al desarrollo, lento y constante, de la tradición, vivificándola. “Así como la tradición es la sustancia de la Historia, la eternidad lo es del tiempo, la Historia es la forma del tiempo como el tiempo lo es de la eternidad. Buscar la tradición en el pasado muerto es buscar la eternidad en el pasado, en la muerte. La eternidad viva no está fuera del tiempo sino dentro de él”(100). El progreso debe estar relacionado con las más íntimas inquietudes del alma humana. Si no es así se convierte en obstáculo para la plena realización del ser humano. “¿Qué es un progreso que no nos lleva a que muera cada hombre más en paz y más satisfecho de haber vivido? Suele ser el progreso una superstición más degradante y vil que cuantas en su nombre combaten. Se ha hecho de él un abstracto y del abstracto un ídolo, un Progreso con mayúscula. Es el terrible fatum, el hado inhumano del ocaso del paganismo, que, encarnado en Evolución, reaparece a esclavizar las almas fatigadas”(101).

3.7.- CORRIENTES VIVAS.

La pobreza de vida interior trae nefastas consecuencias, sume al alma en un continuo estado de aturdimiento que le impide vivir en plenitud su tragedia y su vida. “Esa falta de idealidad, esa sequedad y pobreza de vida interior, que arguye el no anhelar otra vida transcendente; todo este materialismo práctico contrista el ánimo de quien medita un poco el valor de la vida humana”(102). Es necesario el continuo fluir, el estancamiento lleva a la muerte. “La vida honda y difusa de la vida intrahumana de un pueblo se marchita cuando las clases históricas le encierran en sí, y se revigoriza para rejuvenecer, revivir y refrescar al pueblo todo contacto del ambiente exterior”(103). La vida honda, la vida cotidiana, no es la vida vulgar sin grandes hechos insólitos; la vida cotidiana en este sentido inferior es la vida del hombre que se desentiende de su propio ser y del problema de su perduración; el hombre hueco a sí mismo no vive su propio fondo y por eso es insustancial y solo tiene una realidad aparential. El hombre que vive desde sí mismo, que se afana por ser, que tiene lo que Unamuno llama el sentimiento trágico de la vida, el afán de perduración, es real, auténtico. Y por eso la vida más vulgar, cotidiana en el sentido de ser la de todos los días, puede ser auténtica, cuando se hace personal, cuando el hombre se toma a sí mismo y toma a los demás como personas y se angustia vitalmente por su ser (104).

Pero en el momento que se cierre, que convierta su alma en un compartimento estanco, quedará aislado de ese flujo, vital para su desarrollo. “Cuando un hombre se encierra en sí resistiendo cuanto

(100) *Ibidem*, 39.

(101) *La vida es sueño* I, 233.

(102) *Materialismo popular* II, 525.

(103) *ETC* II, 137-138.

(104) MARIAS M., *Miguel de Unamuno*, 210.

puede al ambiente y empieza a vivir de recuerdos, de su historia, a hurgarse en exámenes introspectivos la conciencia, acaba esta por hipertrofiarse sobre el fondo subconciente. Este, en cambio, se enriquece y aviva a la frescura del ambiente como después de una excursión de campo volvemos a casa sin traer apenas un recuerdo definido, pero llena el alma de voces de su naturaleza íntima, despierta al contacto de la Naturaleza, su madre” (105).

3.8.- APERTURA.

El hombre no puede prescindir de la sociedad si quiere llegar a ser él mismo. En la sociedad, sí, pero guardando las debidas distancias. “Solo en la sociedad te encontrarás a ti mismo; si te aislas de ella no darás más que con un fantasma de tu verdadero sujeto propio. Solo en la sociedad adquieres tu sentido todo, pero despegado de ella”(106). Lo mismo que el hombre se anquilosa, también un pueblo puede coger la arteriosclerosis. “Los pueblos en sus encerronas y aislamientos hipertrofian en su espíritu colectivo la conciencia histórica a expensas de la vida difusa intrahistórica que languidece por falta de ventilación; el pensamiento nacional, trabajando así, acalla el rumor inarticulado de la vida bajo el que es extiende. Hay pueblos que en puro mirarse el ombligo nacional, caen en un sueño hipnótico y contemplan la nada”(107).

Sin la comunicación es imposible que el hombre sea tal, “...para que esa Humanidad cuaje y se fragüe, es menester primero que se nos rompan a todos las costras o se nos adelgacen en ligerísimas membranas, y que nuestros sendos contenidos espirituales se viertan por las hendiduras de la costra o rezumen por la adelgazada membrana, y se mezclen y confundan los unos con los otros”(108).

3.9.- LA HISTORIA Y LA INTRAHISTORIA SON INSEPARABLES.

A la historia, pasada o futura, que no es sino que una sucesión de actos insustanciales, Unamuno opone la intrahistoria. Esta es el alma de los tiempos y la matriz misma de la temporalidad. Se encuentra debajo del tiempo, y no en el despliegue espectacular de los acontecimientos supérfluos. El trabajo del hombre de cara a la historia no consistirá en otra cosa que no sea el influir en las almas, hacerlas asumir su condición. “No quieras influir en eso que llaman la marcha de la cultura, ni en el ambiente social, ni en tu pueblo, ni en tu época; ni mucho menos en el progreso de las ideas no, sino en el crecimiento de las almas, en cada alma, en una sola alma y basta. Lo

(105) *ETC I*, 137.

(106) *Adentro I*, 274.

(107) *ETC I*, 137.

(108) *Soledad I*, 703.

uno es vivir en la Historia; para vivir en la eternidad lo otro” (109).

La historia que permanece en la superficie empobrece al hombre. En cambio, aquélla que cala hasta la médula intrahistórica, hermana en ella a todos los hombres. “Los casticismos reflexivos, conscientes y definidos, los que se buscan en el pasado histórico o a partir de él, persisten no más que instrumentos de empobrecimiento espiritual de un pueblo. En la intrahistoria vive con la masa difusa y desdeñada, el principio de honda continuidad internacional y de cosmopolitismo; protoplasma universal humano” (110).

La casta, las etnias, los pueblos y las razas, pertenecen a la historia; la humanidad, que sustenta todas las castas, se encuentra hermanada en la paz de la intrahistoria (111).

Fondo histórico y fondo intrahistórico, el uno temporal y pasajero, eterno y permanente el otro. Y está tan ligado lo uno a lo otro, de tal modo se enlazan y confunden, que es tarea difícil siempre distinguir entre uno y otro, y marcar sus conjunciones, y aquéllo en que se confunden, y aquéllo en que se separan, y como lo uno brota de lo otro y lo determina y limita y acaba por ahogarlo no pocas veces (112).

3.10.- EL PUEBLO PERFECTO (nacionalidades).

El amor a la patria no está reñido con el amor a los hombres. “Los verdaderos y buenos patriotas se entienden mejor a través de sus respectivas patrias que no los antipatriotas y humanitaristas de una humanidad abstracta y utópica” (113).

El amor del hombre hacia sí mismo y hacia su prójimo, le instarán a dominar la tierra y amarla. Con la humanización de la tierra se llegará a la verdadera comunión. “El hombre amará la tierra, que ha hecho, y este amor servirá de núcleo de fraternidad universal. Entonces se verá patente e intuitivamente que la tierra ha sido humanizada por el hombre, entonces se vivificará el sentimiento patriótico por la fusión de dos factores: el que arranca del primitivo comunismo de la tribu, y el que tiende al final comunismo universal” (114).

“Es una de las concepciones más erróneas la de estimar como los más legítimos productos históricos las grandes nacionalidades, bajo un rey y una bandera. Debajo de esa historia de sucesos fugaces, historia bullanguera, hay otra profunda historia de hechos permanentes, historia silenciosa, la de los pobres labriegos que un día y otro, sin descanso, se levantan antes que el sol a labrar sus tierras y un día y otro son víctimas de las exacciones autoritarias. (115).

(109) *Adentro* I, 245.

(110) *ETC* I, 139-140.

(111) Cf. *Ibidem*, 46.

(112) Cf. *ETC* I, 59.

(113) *Contra esto y aquello* II, 1082-

(114) *La crisis del patriotismo* I, 292.

(115) *Ibidem*, 289.

Es necesaria una cierta base religiosa para operar eficazmente en la historia. "Por mi parte, no acierto a explicarme un sólido patriotismo sin una cierta base religiosa. Claro está que no quiero decir precisamente base dogmática de una Iglesia determinada, sino que no me explico que una patria sea tal, un pueblo tenga cierto vislumbre de su misión y papel en el mundo, no siendo que su conciencia colectiva responda, aunque sea por manera oscura, a los grandes y eternos problemas humanos de nuestra finalidad última y nuestro destino" (116).

Importantísimo será, entonces, el despertar al pueblo; hacerle tomar conciencia de su papel, de primerísimo plano, en la historia. Hay que dirigirse al pueblo y despertarle la espiritualidad. "Al pueblo hay que repetírle, un día y otro y otro, que no delegue lo íntimo del espíritu, que se fragüe por sí mismo sus esperanzas y sus consuelos" (117).

Es el amor el que trae consigo el verdadero dinamismo de la historia. Con frecuencia se repite la frase, a modo de slogan, ama a tu prójimo como a ti mismo. Por extensión, se puede decir también ama a otro pueblo como al tuyo. Por desgracia solo se considera prójimo a ultranza, y en el mejor de los casos, aquél que es de mi tribu, etnia o nación (118).

"Un pueblo perfecto ha de ser todos en él y él en todos, por inclusión y paz, por comunión de libre cambio. Sólo así se llega a ser un mundo perfecto, plenitud que no se alcanza poniendo portillos al ambiente, sino abriéndose a él, abriéndose de lleno al progreso, que es la gracia humana, dejando que su corriente deposite en nuestro regazo su sustancioso limo sin falsearlo con falaces tematizaciones, entregándonos a ella sin quererla dirigir (119).

3.11.- LA PAZ.

Por paz, don Miguel no entiende una simple ausencia de guerra. "¡Paz, paz, paz! Sí, sea paz; pero sobre el triunfo de la sinceridad, sobre la derrota de la mentira. Paz, pero no una paz de compromisos, no un miserable convenio como el que negocian los políticos, sino paz de comprensión" (120).

Hay un sosiego hondo, entrañado íntimo, y este sosiego sólo se alcanza sacudiéndose del aparental sosiego de la vida casera y aldeana" (121). Es en la intrahistoria donde el hombre esponja su espíritu y coge fuerzas para continuar su lucha. Sería un error imaginar que tan pronto como se ha descendido a las raíces de la propia intimidad, se descubre el recinto donde es posible guarecerse contra todas las tempestades. El ser abriga en su seno la lucha íntima, no puede no alimentarla; sería el principio de su desaparición.

(116) *Contra esto y aquello* II, 1084.

(117) *Los naturales y los espirituales* I, 650.

(118) Cf. *ETC* II, 118.

(119) *Ibidem*, 117.

(120) *VQS* II, 198.

(121) *Ibidem*, 219.

3.12.- LA JUVENTUD.

Don Miguel tuvo siempre un contacto estrecho con la juventud. Es interesante observar algunas posiciones que tomó delante de las generaciones jóvenes con las que tuvo que bregar. Para Unamuno, los profesores podían ser divididos en intelectuales y espirituales. "El intelectual enseña lo que ha aprendido, conocimientos que tiene almacenados en su intelecto, y el espiritual enseña lo que es, enseña su propia alma, su personalidad. Y da al pueblo la visión más robusta, la más fecunda, la más avivadora que puede dársele, la cual es visión del hombre entero y verdadero, la revelación de un alma al desnudo" (122).

Unamuno exhortará siempre al estudio y a la reflexión como medio para ser siempre sí mismos "...cuanto menos se lee, hace más daño lo que se lea. Cuantas menos ideas tenga uno y más pobres sean ellas, más esclavo será de esas pocas y pobres ideas" (123). El joven no debe apagar sus ansias y sus ideales, debe luchar por ellos, y en esa lucha, hermanarse con los hombres, ya que "la busca del ideal aún, la rebusca del inmediato mañana desune y desagrega" (124). Unamuno provocará, una y otra vez, a la juventud, para que rompa con la atonía social y traiga consigo un poco de savia rejuvenecedora. "Con el aire de fuera regenero mi sangre, no respirando el que exhalo. ¡Ojalá una verdadera juventud, animosa y libre, rompiendo la malla que nos ahoga y la monotonía uniforme en que estamos alineados, se vuelva con amor a estudiar el pueblo que nos sustenta a todos, abriendo el pecho y los ojos (...) sin encerrarse en capullos casticistas, jugo seco y muerto del gusano histórico, ni en diferenciaciones nacionales excluyentes, avive con la ducha reconfortable de los jóvenes ideales cosmopolitas el espíritu colectivo intracastizo que duerme esperando un redentor" (125).

La sociedad cerrada en sí misma, sacrifica la esperanza de vida, la juventud portadora de primavera, para conservar, así, un status quo que quizás se ha heredado así y que nunca ha sido cuestionado. "Hay jóvenes pero no hay juventud. Esta derrocha y gasta sus energías en ambientarse al gris oscuro y mate del fondo ambiente. Se arrancan los nuevos retoños y se respetan los tumores de las viejas encinas. En un país pobre las fuerzas juveniles se agotan en establecerse, en la lucha por el destino" (126).

CONCLUSION.

La concepción del ser en Unamuno generalmente ha sido tomada en consideración, la mayoría de las veces, aislada por completo de la vida del ilustre rector de la Universidad de Salamanca. Consecuencia de esto, ha sido la tan enraizada negatividad en algunas interpretaciones. Se ha dejado completamente de lado que la posición que Unamuno toma ante

(122) *Los naturales y los espirituales* I, 653.

(123) *Almas jóvenes* I, 544-124

(124) *Ibidem*, 548.

(125) *ETC* I, 140.

(126) *Ibid.*, 129.

el ser tiene, también ella, una historia. Posee su posición unas causas determinadas, y unas consecuencias extraordinariamente desconcertantes.

Intentando aproximarnos a la causa que ha motivado la creación de su dramática ontología, se advierte que, con mucha frecuencia, se han invertido los términos. Unamuno no posee una concepción negativa del ser, sino la más positiva que su época y formación podían permitir. Positiva en el sentido que ha nacido por oposición vital a un sistema que negaba toda razón suficiente al ser del hombre.

No olvidemos que la metafísica inherente al pensamiento de don Miguel no es sino la reacción contra una corriente esterilizante que quería reducir toda realidad a mero polvo de hechos.

Durante sus años de universidad, su espíritu se empapó del espíritu racionalista y positivista que se respiraba en la capital. Esto no solo le llevó a perder la fe (¿qué tipo de fe?; ¿hasta qué punto?), sino que bebió en las más puras aguas científicas, creándole éstas una "forma mentis" que contribuirían enormemente en su concepción de la vida. Su rechazo a la lógica y a la razón encuentra aquí, en germen, su origen.

Más adelante, él se daría cuenta, como pocos, de la miseria y pobreza que implican la reducción del real a lo mensurable.

Su concepción del ser es parcial y reductiva. Don Miguel lo toma en consideración desde el punto de vista de la duración; ignorando, por extraño, todo otro aspecto del ser. Extrapola y exagera la centralidad y unicidad del yo. Se puede hablar de una "antropomorfización" del ser. El aspecto dinámico, existente en el ser, cobra tonalidades inusitadas. Estamos ante un ser enfermo, patológico. El hombre filosofa desde su yo, cierto, pero el "serse no" debe ser óbice para intentar penetrar el real desde fuera de uno mismo. La capacidad de abstracción es repudiada, considerada como algo monstruoso, antinatural al hombre puesto que desentiende el ser de sí mismo.

Don Miguel sustituye el principio de no-contradicción por del de contradicción y lucha constantes. Para Unamuno la contradicción en el interior del ser, constituye el principio último de toda realidad.

El ser contradictorio, de suyo, no puede no originar, en su interior, conflicto y lucha; tanto es así, que cuanto más fuerza tenga la contradicción con más intensidad y plenitud se realizará el acto de ser del ente. De este modo, el proceso dialéctico se compondrá de solo dos etapas, la tesis y la antítesis, enfrentadas desde siempre y para siempre. La síntesis equivaldría a estrangular el proceso dinámico y contradictorio que en el ser se desarrolla.

La reacción de don Miguel ante la razón es extrema. Sosteniendo en un primer lugar su omnipotencia, irá afirmando con modos y tonalidades diferentes la vaguedad y futilidad de aquella.

Este yayvén ha sido provocado por el desasosiego que produjo en él la razón omnisciente, en sus años de estudiante.

Por reacción, y para salvar, a su manera, al hombre en su duración, negó toda conexión "verdadera" con la razón. Así es la vida, el hombre: la única realidad verosímil.

Ya que la vida, el ser, es contradicción, todo lo que intente regular y ordenar esta contradicción, no contribuirá a otra cosa que a la negación paulatina de la linfa del alma.

Para don Miguel, la única adecuación posible es la que el hombre en sus actos, debe tener con respecto a su esencia. No deberá de racionalizar la contradicción, pues esos derroteros no le llevarían a ninguna parte, ya que todo intento de este tipo inmovilizaría la dinamicidad del ser y encerraría al hombre en una perfecta campana de cristal.

La filosofía no tiene otra misión que la de desenmascarar todas las tergiversaciones de la razón y aguzar el combate entre los dos términos en liza. No se buscarán certezas, ¡tantas de ellas son completamente ajenas a los verdaderos intereses del hombre!, sino que intentará, utilizando todos los medios a su alcance, de hacer nacer la inquietud y la irresignación en cada alma.

Don Miguel, a lo largo y ancho de su obra, ha dejado muchas páginas llenas de penetrantes intuiciones, de afirmaciones certeras y agudas. Estas intuiciones, movidas por su personal estado de apertura a la agonía, vivido con desacostumbrada plenitud e intensidad, son de gran hondura y poseen un alto grado de perspicacia.

Muchas de sus afirmaciones se puede decir que son verdades sacadas de sus goznes, pues conservan una fuerte conexión con lo verdaderamente humano y esencial, pero se encuentran en una posición a ellas antinatural. Y la razón de ésto es que don Miguel filósofo siempre con espíritu de polémica. Sus afirmaciones nacen de su oposición al idealismo hegemónico de principios de siglo.

Unamuno carga enormemente las tintas, sirviéndose y, frecuentemente, llegando él mismo a la exageración. Pero no podemos olvidar que la exageración lo es siempre de algo exagerado. Esta mete en evidencia, a la vez que vela, un núcleo de sentido, de verdad.

No es sino subrayar desmesuradamente una dimensión real de a algo; pero si nos detenemos aquí, si sólo vemos la falta de medida y rechazamos lo que se nos presenta, nunca seremos capaces de, al menos, aproximarnos a ese germen verdadero que es, en fin de cuentas, lo que importa.

Uno de los grandes méritos, y de los más soslayados, es la coherencia interna que muestra a lo largo de su obra. Quede clara la diferencia entre sistematicidad, que Unamuno no lo fue jamás, y coherencia. Toda su obra gira en torno al hombre, en torno a la posibilidad de ser siempre que anida en cada hombre.

Dió una importancia inusitada en su época al ser del hombre. Cierto que es parcial y reductiva pero, en nuestra opinión, es la única posible teniendo en cuenta la vida del rector de Salamanca.

Predicó a los cuatro vientos la necesidad de ser buenos, intuyó como pocos el valor que el amor juega en la sociedad. Respetó, quiso y siempre estimuló a la juventud, instándola a caminar dentro de un movimiento que se podría llamar de adentro y hacia adelante. Privando la interioridad y rescatando el papel de la voluntad y de las intenciones.

Fue adalid del hombre en contra de una concepción que lo fosilizaba y le robaba sus mejores energías o bien lo disolvía en una entidad hueca y absoluta.

Se puede decir que la filosofía de don Miguel es una filosofía muy humana, encarnada, viva y palpitante, mucho más afín al hombre y a su condición de itinerante que no tantas moles filosóficas, resplandecientes de absoluta claridad, diáfanas y rígidas, muertas.

Por toda su obra, esas verdades fuera de sus goznes conectan, de una manera vivísima, con el lector. Es necesario, en este momento, hacer alusión a la fascinación que produce, en el lector de cualquier época, su prosa fuerte, preñada y áspera.

Unamuno logra transfundir en sus escritos toda su alma, rica y problemática, siempre bullente. En contacto con él sentimos su alma en medio del duro bregar que fue su existencia, braceando esperanzadamente en medio de un mar de dudas, angustias y dificultades. Unamuno lleva al hombre a mirar a los ojos a la esfinge, provoca incesantemente al lector. Don Miguel, en toda su obra, es para el lector una poderosa y eficaz llamada a sí: obliga a tomar posición, nunca deja indiferente a sus interlocutores.

Unamuno rechaza toda concepción historicista del hombre y de su historia. Luchará denodadamente contra esa corriente filosófica que considera las épocas históricas como compartimentos estancos, completamente independientes los unos de los otros.

Una de las partes menos estudiadas y comprendidas del pensamiento y del actuar de don Miguel es la referente a la historia y la intrahistoria. Unamuno afirma con vigor el derecho y la importancia que posee la pequeña historia, la historia del hombre de a pie. Historia e intrahistoria no son categorías filosóficas para juzgar la historia, son, en verdad, visiones complementarias de ésta.

Gran actualidad poseen las apreciaciones de Unamuno sobre el progreso. No es este una dimensión estrictamente espacio-temporal. No niega la importancia del proceso fenoménico o temporal, pero ciertamente no le otorga el primado. Se puede percibir, cuando Unamuno habla de progreso, ciertas alusiones, implícitas la mayoría de las veces, a un progreso metafenoménico. Implícitas sí, pero no por ello difíciles de individualizar.

La evolución, entendida como un mero sucederse de hechos, no constituye el progreso metafenoménico. Este sería aquel aumento de humanidad, de bondad que el hombre va adquiriendo a lo largo de su existencia. Para que el hombre progrese, y no solo evolucione o pase a la historia, se necesita de una verdadera interacción de ambos progresos...

ABREVIATURAS

Gran parte de las obras utilizadas en este trabajo se encuentran en:

UNAMUNO M., *Ensayos* vol.I, Aguilar, Madrid 1970.

UNAMUNO M., *Ensayos* vol. II, Aguilar, Madrid 1951.

I Volumen I

II Volumen II

STV Del sentimiento trágico de la vida en el hombre y en los pueblos

VQS Vida de don Quijote y Sancho

ETC En torno al casticismo

Plenitud Plenitud de plenitudes y todo plenitud

De aquellas obras que no se encuentren recogidas en las obras anteriormente citadas, indicaremos la proveniencia vez por vez.

Las traducciones son mías.

BIBLIOGRAFIA

BLANCO AGUINAGA Carlos, *El Unamuno contemplativo*, Ed. Laia, Barcelona 1975.

CALVETTI Carla, *La fenomenologia della credenza in Miguel de Unamuno*, Marzorati, Milán 1955.

CRUZ HERNANDEZ Miguel, *La misión socrática de don Miguel de Unamuno* en Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno 3, Salamanca 1952.

EARLE Peter, *Unamuno: historia and intra-historia*. Comunicación presentada al Symposium Internacional organizado por la Vanderbilt University sobre *El pensamiento y las letras españolas en el siglo XX*, 3-7 de septiembre de 1964, en Nashville (Tennessee, EE.UU.).

FERRATER MORA José, *Unamuno, bosquejo de una filosofía*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires 1957.

GARCIA FRAILE Guillermo, *Historia de la filosofía española desde la Ilustración*, BAC, Madrid 1972.

GUY Alain, *Miguel de Unamuno. Pelerin de l'Absolu*, en Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno 1, Salamanca 1948.

- Idem, *Histoire de la philosophie espagnole*, Association des Publications de l'Université de Toulouse-Le Mirail, Toulouse 1983.
- LAIN ENTRALGO Pedro, *La generación del 98*, Espasa-Calpe, Madrid 1956.
- Idem, *La espera y la esperanza*, Revista de Occidente, Madrid 1963.
- LOPEZ QUINTAS Angel, *Filosofía española contemporánea*, BAC, Madrid 1970.
- LUNARDI L., *Attualità di Unamuno*, Liviana, Padua 1976.
- MARIAS Julián, *Miguel de Unamuno*, Emece Editores, Buenos Aires 1955.
- MEYER Françoise, *L'ontologie de Miguel de Unamuno*, PUF, París 1955.
- RIVERA VENTOSA Enrique, *Unamuno y Dios*, Ediciones Encuentro, Madrid 1985.
- SANCHEZ RUIZ José, *Razón, mito y tragedia*, PAS-Verlag, Zurich 1964.
- SCIACCA M., *Il chisciottismo tragico di Unamuno*, Marzorati, Milán 1971.
- UNAMUNO Miguel de, *Diario íntimo*, Alianza Editorial, Madrid 1979.
- Idem, *Antología poética*, Alianza Editorial, Madrid 1977.
- Idem, *Niebla*, Espasa-Calpe, Madrid 1980.
- Idem, *Ensayos* vol. I, Aguilar, Madrid 1970.
- Idem, *Ensayos* vol. II, Aguilar, Madrid 1951.
- Idem, *Paz en la guerra*, Espasa-Calpe, Madrid 1956.
- Idem, *San Manuel Bueno, Mártir*, edición crítica de Mario Vallés, Cátedra, Madrid 1989.
- Idem, *El Cristo de Velázquez*, edición crítica de Victor García de la Concha, Espasa-Calpe, Madrid 1981.
- ZUBIZARRETA Armando, *Unamuno en su "nóvola"*, Taurus, Madrid 1960.
- Idem, *Tras las huellas de Miguel de Unamuno*, Taurus, Madrid 1960.